

Consagración personal al Corazón de Jesús

POR
FLORENTINO ALCAÑIZ, S.J.

Solicitud de ejemplares:

ADADP

c/ Alicante, 3

08195 Sant Cugat del Vallés, Barcelona (España)

Teléfonos: (0034) 629 792 849

(0034) 609 283 706

(0034) 676 059 594

e-mail: afpersona@gmail.com

Nibil obstat

Censor

Dr. D. Fernando Blanco

Granada, 27 de marzo de 1971

Printed in Spain

Depósito legal: B-18.058-2017

ÍNDICE

I	IMPORTANCIA	4
	Tres clases de almas.....	4
	Un gran remedio	5
	Dos clases de devoción	9
II	CONSAGRACIÓN	10
	Un pacto.....	10
	Primera parte de la Consagración	11
	Lo que se debe ofrecer	13
	Segunda parte de la Consagración	18
	Maneras de apostolado	19
	La reparación	22
	Conclusión.....	23
III	CONSAGRACIÓN PERSONAL PARA TODOS LOS DÍAS	26
IV	PROMESAS DEL CORAZÓN DE JESÚS A SUS DEVOTOS	28
V	NOTAS BIOGRÁFICAS DEL PADRE FLORENTINO ALCAÑIZ S.J.	31

I

IMPORTANCIA

TRES CLASES DE ALMAS

Descansa un poquito, alma cristiana, del tráfico de la vida y escucha las amorosas palabras del Corazón de Jesús, de ese Dios de amor y misericordia, que tanto anhela tu bien.

Dime, hijo mío, ¿eres feliz? ¿Estás contento? ¿Tu corazón tiene paz? ¿Goza de aquella tranquilidad en lo hondo parecida a la quietud de la arena que descansa en el fondo de los mares muy profundos?

Tal vez eres tú de esas almas desgraciadas que lloran por encontrarse caídas a cada paso en la culpa, pero que a manera de palomas que tuviesen las alas apelmazadas de cieno, parece que no pueden acabar de levantarse. Tal vez eres de esas otras que caminan arrastrándose por la senda pendiente y estrecha de la virtud con la fría languidez de esa tisis del espíritu que se llama tibieza. Tal vez, en fin, seas de aquellas, ni pecadoras ni tibias, pero en cuya mirada triste se ve retratado el desaliento: almas que, o bien a la

manera de águilas, con los vuelos recortados, se pasan toda la vida en lanzarse a los espacios y caer mil veces en tierra desalentadas, o bien, al modo de caminantes que marchasen por un arenal inmenso, se desaniman y hastían de andar y andar tantos años y tan poco adelantar. ¡Cuánta compasión me causan todas estas pobrecitas almas! ¡Y son tantas!

UN GRAN REMEDIO

Sin embargo, oye las consoladoras ideas que he comunicado yo a mis confidentes íntimos para que fuesen como acueductos de plata o como cables eléctricos, por medio de los cuales se transmitiesen al mundo las luces y los ardores de mi Corazón amante.

«Los tesoros de bendiciones y de gracias que este Sagrado Corazón encierra, son infinitos; yo no sé que haya ningún ejercicio de devoción en la vida espiritual, que sea más a propósito para levantar un alma en poco tiempo a la perfección más alta y para hacerle gustar las verdaderas dulzuras que se encuentran en el servicio de Jesucristo».¹

¹ *Sta. Margarita. Vida y Obras*, carta 141.

«Yo no sé, mi querida madre, si comprenderá Vd. lo que es la devoción al corazón de Ntro. Señor Jesucristo de que le hablo, la cual produce un gran fruto y cambio en todos aquellos que se consagran a ella y se entregan con fervor».²

«Cuanto a las personas seculares, ellas hallarán por medio de esta amable devoción todos los socorros necesarios a su estado; esto es; **la paz en sus familias**, el alivio en sus trabajos, las bendiciones del cielo **en todas sus empresas**, el consuelo en sus miserias; y en este Sdo. Corazón encontrarán su lugar de refugio durante la vida y principalmente a la hora de la muerte. ¡**Oh, qué dulce es morir** después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Jesús!».³

«Sobre todo, haga Vd. porque la abracen las personas religiosas, porque sacarán de ella tantos auxilios, que no será necesario otro remedio para restablecer el fervor primitivo y la más exacta regularidad en las Comunidades menos observantes, y llevar a las que viven en más perfecta observancia, al colmo de **la perfección**».⁴

2 Idem, carta 51.

3 *Sta. Margarita. Vida y Obras*, carta 141.

4 Idem.

Un viernes, después de la sagrada Comunión dijo Él a su indigna esclava, si mal no recuerdo, estas palabras: «Yo te prometo, en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá a cuantos comulgaren nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final, o sea, que **no morirán en desgracia mía, ni sin recibir los sacramentos**, y que mi Corazón se constituirá en seguro asilo de ellos en aquel postrer momento».⁵

«Nuestro glorioso protector, San Miguel, acompañado de innumerable multitud de espíritus angélicos, me certificó de nuevo estar él encargado de la causa del Corazón de Jesús, como de **uno de los mayores negocios** de la gloria de Dios y utilidad de la Iglesia, que en toda la sucesión de los siglos se han tratado **desde que el mundo es mundo...** Este misterio escondido a los siglos, este sacramento manifiesto nuevamente al mundo, este designio formado en la mente divina a favor de los hombres y descubierto ahora en la Iglesia, es uno de los que por decirlo así **se llevan las atenciones de un Dios** cuidadoso de nuestro bien y de la gloria del Salvador».⁶

⁵ *Sta. Margarita. Vida y Obras*, carta 87.

⁶ Uriarte, *Vida del P. Hoyos*. pág. 251.

«Parecióme ver (interiormente) que esta luz, el Corazón de Jesús, este sol adorable derramaba sus rayos sobre la tierra, primero en un espacio reducido, y que luego se extendía hasta iluminar el mundo entero. Y me dijo: con el resplandor de esa luz, **los pueblos y las naciones** serán iluminados y con su ardor recaldeados.»⁷

Dime, ahora, con toda sinceridad, hijo mío, si después de leer estas ideas, ¿no comienzas casi casi a persuadirte de que la devoción al Corazón de Jesús es algo grande en el mundo? Sí, hijo mío; si lo dudas, estudia con atención este asunto y te convencerás por ti mismo; esta convicción personal desearía Yo en todos mis fieles, sobre todo en mis sacerdotes y en mis religiosos; no creer porque se ha oído, sino conocer porque se ha visto; de esta manera se forman **los convencidos**, que son los que hacen algo en la tierra. ¡Oh!, si lograrse que tú fueses uno de esos convencidos de mi corazón.

⁷ *Soeur Marie du D.C. Chasle*, c. XI, 357.

DOS CLASES DE DEVOCIÓN

Yacen mis alhajas más preciosas allá en el fondo del cofre, porque todavía quedan muchos que no han caído enteramente en la cuenta. Esta devoción divina es un grueso filón de oro que atraviesa todo el campo de la Iglesia; generalmente se explotan las capas más exteriores que se hallan a flor de tierra, y por eso todo el mundo las descubre, y con muy poco trabajo pueden aprovecharse de ellas; ¿quién no conoce, por ejemplo, la Comunión de los primeros viernes de mes y la Consagración de las familias? ¿Quién no asiste de cuando en cuando a alguna fiesta en mi honor? ¿Quién no tiene su nombre escrito en la lista de alguna Congregación y cumple con una u otra de sus prácticas más fáciles? Todos estos son viajeros que, al pasar por el filón, se detienen un momento, remueven algo la arena, hallan algunas pepitas de oro y continúan su camino. Mas son pocos, hijo mío, los que se lanzan a ahondar de lleno en la mina, los que pudieran llamarse mineros de profesión.

II CONSAGRACIÓN

En efecto, la Consagración es la práctica fundamental de la devoción a mi Corazón Divino. Pero, ¡cuánta rutina se observa ya en este punto! Cuántas personas piadosas están haciendo cada día consagraciones que se hallan en los libros píos y, sin embargo, no son almas consagradas de verdad: más bien que hacer consagraciones las rezan, son rezadoras de consagraciones. Oye, hijo mío, en qué consiste la Consagración completa, según yo mismo enseñé a mis amigos más íntimos, según ellos lo explicaron en sus diversos escritos, y según lo dejaron confirmado con su ejemplo.

UN PACTO

La Consagración puede reducirse a un pacto: a aquel que Yo pedí a mi primer apóstol de España, Bernardo de Hoyos, y antes en términos equivalentes, a mi sierva Sta. Margarita: **Cuida tú de mi honra y de**

mis cosas, que mi corazón cuidará de ti y de las tuyas. También contigo desearía hacer este pacto. Yo, que como Señor absoluto podría acercarme, exigiendo sin ningunas condiciones, quiero pactar con mis criaturas. Y tú, ¿no quieres pactar conmigo? No tengas miedo que hayas de salir perdiendo. Yo en los tratos con mis criaturas, soy tan condescendiente y benigno, que cualquiera pensaría que me engañan. Además es un convenio que no te obligará de suyo ni bajo pecado mortal, ni bajo pecado venial; Yo no quiero compromisos que te ahoguen; quiero amor, generosidad, paz; no zozobras y apreturas de conciencia.

Ya ves que el pacto tiene dos partes; una que me obliga a Mí y otra que te obliga a ti. A Mí, cuidar de ti y de tus intereses; a ti, cuidar de Mí y de los míos. ¿Verdad que es un convenio muy dulce?

PRIMERA PARTE

DE LA CONSAGRACIÓN

Principiaremos por la parte mía: Yo cuidaré de ti y de tus cosas. Para eso es necesario que todas, es a saber: alma, cuerpo, vida, salud, familia, asuntos,

en una palabra, todo: lo remitas plenamente a la disposición de mi suave providencia y que me dejes hacer. Yo quiero arreglarlas a mi gusto y tener las manos libres. Por eso deseo que me des todas las llaves; que me concedas licencia para entrar y salir cuando Yo quiera; que no andes vigilándome para ver y examinar lo que hago; que no me pidas cuenta de ningún paso que dé, aunque no veas la razón y aun parezca a primera vista que va a ceder en tu daño; pues, aunque tengas muchas veces que ir a ciegas, te consolará el saber que te hallas en buenas manos. Y cuando ofreces tus cosas no ha de ser con el fin precisamente de que Yo te las arregle a tu gusto, porque eso ya es ponerme condiciones y proceder con miras interesadas, sino para que las arregle según me parezca a Mí; para que proceda en todo como dueño y como Rey, con entera libertad aunque prevea alguna vez que mi determinación te haya de ser dolorosa. Tú no ves sino el presente, Yo veo lo por venir; tú miras con microscopio, Yo miro con telescopio de inconmensurable alcance; y soluciones, que de momento parecerían felicísimas, son a veces desastrosas para lo que ha de llegar; fuera de que en ocasiones, para probar tu fe y confianza en Mí y hacerte merecer gloria, permitiré de

momento, con intención deliberada, el trastorno de tus planes.

Mas con esto no quiero que te abandones a una especie de fatalismo quietista y descuides tus asuntos interiores. Debes seguir como ley aquel consejo que os dejé en el Evangelio: «Cuando hubiereis hecho cuanto se os había mandado, decid: siervos inútiles somos». Debes en cualquier asunto tomar todas las diligencias que puedas, como si el éxito dependiera de ti solo, y después decirme con humilde confianza: «Corazón de Jesús, hice según mi flaqueza, cuanto buenamente pude; lo demás ya es cosa tuya, el resultado lo dejo a tu providencia». Y después de dicho esto, procura desechar toda inquietud y quedarte con el reposo de un lago en una tranquila tarde de otoño.

LO QUE SE DEBE OFRECER

Como dije, debéis ofrecerme todo sin excluir absolutamente nada, pues solo me excluyen algo las personas que se fían poco de Mí.

El Alma.- Ponla en mis manos: tu salvación eterna, grado de gloria en el cielo, progreso en virtud, defec-

tos, pasiones, miserias, todo. Hay algunas personas que siempre andan henchidas de temores, angustias, desalientos por las cosas del espíritu. Si esto es, hijo mío, porque pecas gravemente, está muy justificado. Es un estado tristísimo el del pecado mortal, que a todo trance debes abandonar enseguida, ya que te hace enemigo formal mío. Esfuérzate, acude a Mí con instancia, que Yo te ayudaré mucho, y sobre todo confíesate con frecuencia, si puedes, que este es un excelente remedio. Caídas graves no son obstáculo para consagrarse a Mí, con tal que haya sincero deseo de enmienda; la Consagración será un magnífico medio para salir de este estado.

Hay otra clase de personas que no pecan mortalmente y, sin embargo, siempre están interiormente de luto, porque creen que no progresan en la vida espiritual. Esto no me satisface. Debes también aquí hacer cuanto buenamente puedas según la flaqueza humana, y lo demás abandonarlo a Mí. El cielo es un jardín completísimo, y así debe contener toda variedad de plantas; no todo ha de ser cipreses, azucenas y claveles; también ha de haber tomillos; ofrécete para ocupar ese lugar. Todas esas amarguras en personas que no pecan gravemente nacen de que buscan más su gloria que la mía. La virtud, la perfección,

tiene dos aspectos: el de ser bien tuyo y el de ser bien mío; tú debes procurarla con empeño, mas con paz, por ser bien mío, pues lo tuyo, en cuanto tuyo, ya quedamos en que debes remitirlo a mi cuidado. Además, debes tener en cuenta que si te entregas a Mí, la obra de tu perfección más que tú la haré Yo.

El cuerpo.- También Yo quiero encargarme de tu salud y tu vida, y por eso tienes que ponerlas en mis manos. Yo sé lo que te conviene, tú no lo sabes. Toma los medios que buenamente se puedan para conservar o recuperar la salud, y lo demás remítelo a mi cuidado, desechando aprehensiones, imaginaciones, miedos, persuadido de que no de medicinas ni de médicos, sino de Mí vendrán principalmente la enfermedad y el remedio.

Familia.- Padres, cónyuges, hijos, hermanos, parientes. Hay personas que no hallan dificultad en ofrecérseme a sí, pero a veces se resisten a poner resueltamente en mis manos algún miembro especial de su familia a quien mucho aman. No parece sino que voy a matar *in continenti* todo cuanto a mi bondad se confíe. ¡Qué concepto tan pobre tienen de Mí! A veces dicen que en sí no tienen dificultad en

sufrir, pero no quisieran ver sufrir a esa persona; creen que consagrarse a Mí y comenzar a sufrir todos cuantos les rodean, son cosas inseparables. ¿De dónde habrán sacado esa idea? Lo que sí hace la Consagración sincera es suavizar mucho las cruces que todos tenéis que llevar en este mundo.

Bienes de fortuna.- Fincas, negocios, carrera, oficio, empleo, casa, etc. Yo no exijo que las almas que me aman abandonen estas cosas, a no ser que las llame al estado religioso. Todo lo contrario, deben cuidar de ellas ya que constituyen una parte de las obligaciones de su estado. Lo que pido es que las pongan en mis manos, que hagan lo que buena-mente puedan, a fin de que tengan feliz éxito; pero el resultado me lo reserven a Mí sin angustias ni zozobras, ni medio desesperaciones.

Bienes espirituales.- Ya sabes que todas las acciones virtuosas que ejecutes en estado de gracia, y los sufragios que después de tu muerte se ofrezcan por tu descanso, tienen una parte a la cual puedes renunciar a favor de otras personas ya vivas o ya difuntas. Pues bien, hijo mío, desearía que de esa parte me hicieras donación plena, a fin de que Yo la distribuya

entre personas que me pareciere bien. Yo sé, mejor que tú, en quiénes preciso establecer mi reinado, a quiénes hace más falta, en dónde surtirá mejor efecto, y así podré repartirla con más provecho que tú. Pero esta donación no es óbice para que ciertos sufragios que la obediencia, la caridad o la piedad piden, en algunas ocasiones, puedas ofrecerlos tú.

Todo, pues, has de entregármelo con entera confianza, para que Yo lo administre como me parezca bien (y, aunque no debes hacerlo con miras interesadas, ya verás cómo ocasiones sueltas pondré a prueba tu confianza haciendo que salgan mal), en conjunto, tus asuntos han de caminar mejor, tanto mejor cuanto tú te tomes mayor interés por los míos. Cuanto más pienses tú en Mí, más pensaré Yo en ti; cuanto más te preocupes de mi gloria, más me preocuparé de la tuya; cuanto más trabajes por mis asuntos, más trabajaré por los tuyos. Tienes que procurar, hijo mío, ser más desinteresado. Hay algunas personas que solo piensan en sí; su mundo espiritual es un sistema planetario en el que ellos ocupan el centro, y todo lo demás, incluso mis intereses, al menos prácticamente, son especies de planetas que giran en derredor; este egocentrismo interior es mal sistema astronómico.

SEGUNDA PARTE DE LA CONSAGRACIÓN

Hijo mío, hemos llegado con esto a la segunda parte de la Consagración: **Cuida tú de mi honra y de mis cosas**. Esta es la parte para ti más importante, porque en rigor es la propiamente tuya. La anterior era la mía: si en ella te pedí la entrega de todo, era con el fin de tener las manos libres para cumplir la parte del convenio que me toca; mas la tuya, en la que debes poner toda la decisión de tu alma, la que ha de formar el termómetro que marque los grados de tu amor para conmigo, es la presente: el cuidar de mis santos intereses.

¿Sabes cuáles son mis intereses? Yo, hijo mío, no tengo otros que las almas: estas son mis intereses y mis joyas y mi amor; quiero, como decía a mi sierva Margarita, **establecer el imperio de mi amor** en todos los corazones. No ha llegado todavía mi reinado; hay cierta extensión externa en las naciones católicas, pero este reinado hondo, por el cual el amor para conmigo sea quien no de nombre, sino de hecho mande, gobierne e impere establemente en el alma, ese reinado ¡qué poco extendido está aún en los pueblos cristianos! Y no es que el terreno falte; son

numerosas las almas preparadas para ello, y cada día serán más; lo que faltan son apóstoles; dame un corazón tocado con este divino imán, y verás qué prontamente quedan imantados otros.

MANERAS DE APOSTOLADO

¡Qué fácil es ser mi apóstol! No hay edad, ni sexo, ni estado, ni condición que puedan decirse ineptos. ¡Son tantos los modos de trabajar! Míralos:

La oración: o sea, pedir al cielo mi reinado continuamente; pedirlo a mi Padre, pedírmelo a Mí, a mi Madre, a mis Santos. Pedirlo en la Iglesia, en casa, en la calle, en medio de tus ocupaciones diarias: «¡Que reines!, Corazón Divino»; esta ha de ser la exclamación que en todo el día no se caiga de tus labios; repítela diez, veinte, cincuenta, cien, doscientas veces por día, hasta que se haga habitual; busca mañas e industrias para acordarte.

¿Quién no puede ser apóstol? ¡Y qué buen apostolado este de oración por instantáneas! Dame una muchedumbre de almas lanzando de continuo estas saetas y dime si no harán mella en el cielo; son molé-

culas de vapor, que se elevan, forman nubes, y se deshacen después en lluvia fecunda sobre el mundo.

El sacrificio: Primero **pasivo** o de aceptación. ¡Cuántas molestias, disgustos, malos ratos, tristezas, sinsabores, pequeños o grandes, suelen sobrevenirnos a todos, como me sobrevinieron a Mí, a mi Madre y a mis Santos! Pues bien, todo eso, llevado en silencio, con paciencia y aun con alegría, si puedes; todo eso, ofrecido porque reine, ¡qué apostolado tan rico! Hijo mío, la cruz es lo que más vale porque es lo que más cuesta. ¡Cuántas cruces se estropean tristemente entre los hombres! ¡Y son joyas tan preciosas! En segundo lugar, el sacrificio activo o de mortificación; procura habituarte al vencimiento frecuente en cosas pequeñas, práctica tan excelente en la vida espiritual. Vas por la calle y te asalta el deseo de mirar tal objeto, no lo mires; tendrías gusto de probar tal golosina, no la pruebes; te han inculcado una cosa que no has hecho, y no se sigue gran perjuicio de callar, cállate; y así en casos parecidos, y todo por que Yo reine. Y si tu generosidad lo pide puedes pasar a penitencias mayores. Ya ves, ¡qué campo de apostolado se presenta ante tus ojos, y este sí que es eficaz!

Ocupaciones diarias: algunas personas dicen que no pueden trabajar por el reinado del Corazón de Jesús por estar muy ocupadas, como si los deberes de su estado, las obligaciones de su oficio y sus quehaceres diarios, hechos con cuidado y esmero, no pudieran convertirse en trabajos apostólicos. Sí, hijo mío, todo depende de la intención con que se hagan. Una misma madera puede ser trozo de leña que se arroje en una hornilla, o devotísima imagen que se ponga en un altar. Mientras te ocupas en eso procura muchas veces levantar a Mí tus ojos y como saborearte en hacerlo todo bien, para que todas tus obras sean monedas preciosísimas que caigan en el cepillo que guardo para la obra de mi reinado en el mundo. Debes también esforzarte, aunque con paz, por ser cada día más santo; porque cuanto más lo seas, tendrá mayor eficacia lo que hicieres por mi gloria.

La propaganda: a veces pudieras prestar tu favor a alguna empresa de mi Corazón Divino; recomendar tal o cual práctica a las personas que están a tu alrededor, ganarlas si puede ser, a fin de que se entreguen a Mí como te entregaste tú. Y si tienes dificultad en hablar, un folleto no la tiene; dalo o recomiéndalo; colócalo otras veces en un sobre y

envíalo de misión a cualquier punto del globo. ¡Cuántas almas me han ganado donde menos se pensaba estos misioneros errabundos!

¡Ya ves si existen maneras de trabajar por mi Reino! Si no luchas, no será por falta de armas. No hay momento en todo el día en que no puedas manejar alguna de ellas. Debes mirar al girasol o al heliotropo, que miran sin cesar al astro rey. Es muy fácil ser mi apóstol. Y, ¡qué cosa tan hermosa una vida de continuo iluminada por este ideal esplendoroso! ¡Todas las obras del día selladas con sello de apostolado, y del apostolado magnífico del amor! ¡Todas las obras del día convertidas en oro de caridad! A la hora de la muerte, qué dulce será, hijo mío, echar una mirada hacia atrás y ver cinco, diez, veinte o más años de trescientos sesenta y cinco días cada uno, pasados todos los días así.

LA REPARACIÓN

¿Quieres amarme de veras? Dos cosas hace el amor: procurar todo el bien de que carezca a quien se ama y librarle del mal que sobre él pesare. Con el apostolado me procuras el bien, me das las almas; con la

reparación me libras del mal, lavas mi divino honor de las manchas que le infieren los pecados. Sí, hijo mío, puede una injuria borrarse, dando una satisfacción. Y ¡cuántas podrías tú darme, no solo por tus pecados, sino por los infinitos que cada día se cometen! Yo no quiero agobiarte con mil prácticas; las mismas oraciones, sacrificios, acciones de cada día y propaganda entusiasta que sirven de apostolado, sirven de reparación si con esa intención se hacen. **¡Que reines, perdónanos nuestras deudas! Porque reines, y por lo que te ofendemos,** han de ser jaculatorias que siempre estén en tus labios. Dos oficios principales tuve en mi vida terrestre; el de apóstol, que funda el Reino de Dios, y el de sacerdote y víctima que expía los pecados de los hombres. Quiero que los mismos tengas tú. Con la Devoción a mi Corazón Divino pretendo hacer de cada hombre una copia exacta mía, un pequeño redentor. ¡Qué sublime y qué honroso para ti!

CONCLUSIÓN

Ánimo, pues, ¡lánzate! Si mil personas lo han hecho y eran de carne y hueso cual tú; escoge un día de

fiesta, el primero que ahora llegue; te vas preparando mientras tanto con lectura reposada de todas esas ideas; llegado el día escogido, confiesas y comulgas con fervor y, cuando dentro de tu pecho me tuvieres, es la mejor ocasión de hacer tu consagración. Para facilitarte el trabajo, y porque es muy necesario que la consagración sea completa, ya que ha de constituir todo un programa de vida, tienes abajo un esbozo con todas las ideas necesarias. Pero repito, hijo mío, que no te asustes; no te obliga nada de eso a pecado ni venial, quiero anchura de corazón, generosidad y amor; solo pido que te resuelvas a hacer por cumplirla lo que puedas buenamente. ¡Quién no puede hacer lo que buenamente pueda!

Después no te olvides de volverla a renovar cada día en la iglesia o en tu casa, porque hacerla a diario es un punto muy importante, si no la renuevas cada día pronto la abandonarás; si la renuevas, acabarás por cumplirla. Así lo hagas, hijo mío, si con decisión abrazas este santo derrotero, ¡qué brisa primaveral! ¡Qué corriente de sangre joven y vigorizante advertirás en tu alma!

Y ahora, hijo mío, dos consejos para terminar: uno es que procures no olvidarme en el sagrario. Me agrada el culto a mi imagen, pero más vale mi per-

sona que mi imagen. La Eucaristía es mi sacramento, porque es el del Amor. Yo quisiera que me recibieses con alguna más frecuencia, y quisiera también verte alguna vez entre día; ¡no sabes lo que agradezco estas visitas de amigo!; ¡estoy frecuentemente tan solo! El otro consejo es que procures, si es posible, sacar un ratito al día para leer y meditar cosas de mi Corazón; de este modo, poco a poco, irás abriendo la concha en que se guarda la perla de esta devoción divina.

III

CONSAGRACIÓN PERSONAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Sacratísima Reina de los cielos y Madre mía amabilísima! Yo (N. N.), aunque lleno de miserias y ruindades, alentado sin embargo con la invitación benigna del Corazón de Jesús, deseo consagrarme a Él; pero conociendo bien mi indignidad e inconstancia, no quisiera ofrecer nada sino por tus maternales manos, y confiando a tus cuidados, el hacerme cumplir bien todas mis resoluciones.

Corazón dulcísimo de Jesús, Rey de bondad y amor, gustoso y agradecido acepto con toda la decisión de mi alma ese suavísimo pacto de cuidar *Tú de mí y yo de Ti*, aunque demasiado sabes que vas a salir perdiendo. Lo mío quiero que sea tuyo; todo lo pongo en tus manos bondadosas: mi alma, salvación eterna, libertad, progreso interior, miserias; mi cuerpo, vida y salud, todo lo poquito bueno que yo haga o por mí ofrecieren otros en vida o después de muerto, por si algo puede servirte; mi familia, habe-

res, negocios, ocupaciones, etc., para que, si bien deseo hacer en cada una de estas cosas cuanto en mi mano estuviere, sin embargo, seas Tú el Rey que haga y deshaga a su gusto, pues yo estaré muy conforme, aunque me cueste, con lo que disponga siempre ese Corazón amante que busca en todo mi bien.

Quiero en cambio, Corazón amabilísimo, que la vida que me reste no sea una vida baldía; quiero hacer algo, más bien quisiera hacer mucho, porque reines en el mundo, quiero con oración larga o jaculatorias breves, con las acciones del día, con mis penas aceptadas, con mis vencimientos chicos, y en fin, con la propaganda, no estar, a ser posible, un momento sin hacer algo por Ti. Haz que todo lleve el sello de tu reinado divino y de tu reparación hasta mi postrer aliento, que, ¡ojalá! sea el broche de oro, el acto de caridad que cierre toda una vida de apóstol fervorosísimo.

Amén.

IV

PROMESAS DEL CORAZÓN DE JESÚS A SUS DEVOTOS

(Tomadas directamente de las Revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, su principal confidente. Son las que circulan oficialmente con aprobación de la Iglesia).

I. A quienes se consagran personalmente a Él:

1. «Les daré todas las gracias necesarias para su estado.»
2. «Pondré paz en sus familias.»
3. «Los consolaré en todas sus aflicciones.»
4. «Seré su amparo y su refugio seguro durante su vida, y principalmente a la hora de su muerte.»
5. «Bendeciré sus empresas y haré que las orienten a su eterna salvación.»
6. «Los pecadores hallarán en mi corazón un océano infinito de misericordia.»
7. «Las almas tibias se harán fervorosas.»

8. «Las almas fervorosas se elevarán a gran perfección.»
9. «Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.»
10. «Mi Amor misericordioso concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes seguidos, la gracia de la penitencia final. No morirán en mi desgracia, ni sin recibir los sacramentos, y mi Corazón se constituirá en un seguro auxilio en aquel postrer momento.»

II. A sus apóstoles:

(es decir, a los que viven a tope su consagración personal),

1. «Sus nombres estarán escritos en mi Divino Corazón.»
2. «Todos los divinos tesoros están abiertos para ellos.»
3. «Con la amistad de este Divino Corazón, tienen segura la protección de la Santísima Virgen y la de todos los Santos.»
4. «Harán rápidos progresos en la perfección. Mi Corazón los santificará y glorificará.»
5. «Recibirán la gracia del Puro Amor Divino.»

6. «Atraerán grandes bendiciones sobre su patria y familia.»
7. «Estarán reservadas grandes bendiciones a sus obras de celo y apostolado. Harán grandes conversiones.»
8. «Alcanzarán la Ciencia de la Cruz y comprenderán su valor. En todos sus sufrimientos recibirán luz, fortaleza y consuelo.»
9. «Obtendrán ciertamente la gracia de la Perseverancia final y la de una santa muerte en el Amor Divino.»
10. «Mi Sagrado Corazón será, en sí mismo, la recompensa de mis apóstoles.»

V

NOTAS BIOGRÁFICAS DEL PADRE FLORENTINO ALCAÑIZ S.J.

El padre Florentino Alcañiz S.J. nació en los campos de Cuenca en el año 1882, y murió, con fama de santidad, el 13 de agosto de 1981 en la ciudad de Lima (Perú).

A los quince años ingresó en la Compañía de Jesús en la casa que llaman «La Cartuja» (Granada) buscando, sobre todo, una vida de oración y silencio.

Se doctoró en Filosofía en la Facultad Gregoriana de Roma y fue profesor de esta disciplina en la Facultad Teológica de Granada.

Durante su tiempo de estudios empezó a vivir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de la que sería un gran apóstol.

Con objeto de extender más esta devoción, obtuvo de sus superiores ser enviado a las misiones populares, sin dejar por eso de escribir artículos,

libros y folletos con el fin de propagar más esa espiritualidad. Durante sus años de profesor en la Facultad Teológica de Granada, fundó en colaboración con la Rda. Madre Carmen Menéndez, la Congregación de Religiosas Misioneras Hijas del Corazón de Jesús, con la misión específica de extender a todos los lugares el amor de Cristo simbolizado en su Corazón.

Sus escritos, siempre actuales, siguen siendo fructíferos por la sabiduría y espiritualidad que contienen, y han sido editados repetidas veces.

Su vida ejemplar, llena de celo apostólico para dar a conocer el amor de Cristo, nos hace tomarlo como modelo a imitar.